

Las crisis y el comercio

Crisis tras crisis. Esta es la ruta; la ruta de los preceptos anticonstitucionales, que todos los gobiernos han llevado de treinta años á esta parte. Es dable en todos estos casos que la opinión siempre necesitada, vea en sus aspiraciones otra nueva é importante forma de gobierno. ¡Vanas ilusiones y erróneos trabajos!.. dudas y luchas estériles de siempre. Así se teje y desteje el tiempo que nuestros políticos emplean como base de sus altos principios democráticos. Así se corrobora una ley de siempre difamadora ante el derecho de gentes, y así se hacen, estudian y proscriben, los problemas de una nación dispuesta á sucumbir en manos de mil y mil probados hacendistas. No hay más que crisis de una totalidad extremada, crisis que nos llegan al alma; enconos y luchas personales que son causa de que los políticos en mil y mil reacciones implacables, nos lleven de vez en cuando al estado de ver mendigando por la vía pública á un enjambre de cesantes, blanco que han sido de la guerra esa cruel llamada crisis. Así se principia la red del progreso, guía de revoluciones sangrientas, trazado que nos lleva al último confin de nuestra ya limitada decadencia comercial; y todo debido á una docena de fracasados políticos que entorpecen de una manera evidente el avance del comercio.

El parlamentarismo de hoy es de todo punto incompatible con las necesidades del Estado, motivo á que, ni se legisla, ni se trabaja, ni se dignifica á esas masas que piden trabajo, á causa todo de la crisis, de esa crisis que lleva al seno del gobierno promesas de hoy y errores de mañana.

Venga un gobierno, sea cual fuere su matiz político, que trabaje, legisle, que sea estable, y que nos lleve á nuevas y anchas vías de progreso, y que siempre fuerte en sus principios, mire de la manera más ventajosa el unir nuestras relaciones con el resto del universo. Aún hay cerebros que se caldean é ideas que palpitan, pero sin provecho para una nación que carece de los más sagrados principios. Dadle ventajas á esa clase desheredada decía Pi—que no tarde recibiréis el fruto. La realidad de la vida es el trabajo—dice otro sabio—y así surgen y se profetizan los adagios de los más fervientes redentores de la humanidad á favor de las instituciones comerciales, que yacen desprestigiadas dentro de la nación Ibérica.

Es el comercio, vida, fuente, riqueza del pensamiento humano. Sin él, sería de todo punto imposible la vida material de los pueblos. Un ejemplo práctico es lo acaecido con la antigua Tebas. No fué el asedio el que sepultó y redujo á cenizas esta república, sino la ruptura de los tratados de vida—comercio—con los estados limítrofes. Fenicia, Roma, Grecia, también pueden mostrarnos con su historia la decadencia de su comercio, primer paso para la ruina de tan grandes imperios; y fuera de teorías tan remotas, ahí tenemos la raza sajona, joven cual ninguna, pero vieja en lo que atañe al progreso material é intelectual de sus instituciones comerciales.

Dentro del actual estado de cosas, no hay otro remedio que levantar la más enérgica protesta y hacer que vibren esas almas adormecidas de nuestros caducos industriales, también en parte reducidos por la política militante y destructora.

Nada hay de lo que pudiéramos llamar redentorismo social, debido sin duda á la significación que hoy tienen los caudillos con las doctrinas políticas, ni maestros que se dediquen á la redención de una institución la más grande de todas las conocidas, como es el comercio. Son pocos los problemas difíciles de resolver en lo que toca á la parte material, pero si en tropiezo con lo que atañe á lo intelectual, y todo por el camino más ó menos interesado, que

todos los hombres tienen en la política española. Digo española, porque todas las demás monarquías constitucionales, están en un grado mucho más alto sobre el régimen administrativo, en nada parecido con el actual que nos rige; tanto es así, que el pueblo, harto de sufrir vejámenes, reclama otras miras más altas, otras tendencias más grandes y trascendentales, con aires de otra vida más potente, de otra atmósfera que nutra á la naturaleza y la salpique de nuevas vías comerciales. Esto es lo que pide el pueblo y debe de concedérsele pues el pueblo es quien hace las monarquías...

Mientras el comercio desaparece por momentos, vemos por espacio de un año un sinnúmero de crisis que pudiéramos llamar comerciales, porque cada vez que se renueva alguna inteligencia,—de este ramo como en el gobierno—viene á ser en perjuicio de la clase productora, motivo á que está recelosa de lo que viene sucediendo, mira con cierta desconfianza á los poderes constituidos.

Son ya muchas las batallas reñidas en la oposición por mera política, por lo que conviene dejarla y emprender otra de más rendimientos y mejores beneficios. Canales, puertos, pantanos, ferrocarriles, vías de comunicación, caminos vecinales y otras reformas por el estilo es lo que necesita España; lo demás, por lo nada práctico, es perder el tiempo. Esto es lo que tiende única y verdaderamente una é inmediata regeneración. Aplicadla para lo sucesivo, y abominad de estas tremendas crisis mucho más aplastantes que las crisis del hambre.

Haced una España nueva que esté en el orden de los demás emporios, dando impulso y protegiendo á las invenciones que aún radican en los cerebros españoles, única reforma para ensanchar los estrechos límites de nuestra esfera comercial.

Ahí está la salvación del comercio, primera piedra fundamental de los pueblos modernos.

MANUEL ALBÌ LAMICH

CALDERON DE LA BARCA

(A D. Pedro Pablo de Alarcón)

Distes lecciones al extenso mundo
prez y delicia de la tierra hispana,
pues tu gloria inmortal, siempre lozana
vence feliz con génio sin segundo.

Inspirado filósofo profundo,
al estudiar la pequeñez humana
así dices al hombre que se afana
en la vaina ambición de Segismundo.

«Todo es una ilusión; la vida es sueño,
flor que nace y perece el mismo día,
y es en vano luchar contra corriente»

Más el hombre que sigue con empeño
de la miseria humana la porfía
no llega á comprender tu voz potente.

ENRIQUE VÁZQUEZ DE ALDANA
Madrid.

LOS ALCOHOLEROS

El sindicato alcoholero ha celebrado una conferencia con el ministro de la Gobernación, tratando en ella de los efectos que pueda producir la presentación del Mensaje á D. Alfonso.

El consejero en cuestión ha manifestado á sus visitantes la confianza que tenía de que muy en breve sería modificada en sentido favorable á las peticiones formuladas, la ley de alcoholes que suscribió el señor Osma y que tantos perjuicios ha originado.

El presidente del sindicato Sr. Madolell, ha entregado además al presidente del Consejo solicitudes de los contribuyentes de Málaga pidiendo también la

inmediata apertura del Parlamento para la reforma de la ley de alcoholes.

Según informes de palacio se han recibido más de 60 telegramas de adhesión al Mensaje-ultimatum que entregó á don Alfonso el sindicato alcoholero residente en Madrid, acompañado de representantes de todas las provincias.

El presidente de este sindicato ha citado á junta para mañana, y á ella concurrirán todos los representantes, por tratarse de una sesión solemne.

En ella quedarán confirmados los acuerdos radicales tomados en la sesión que se convino la presentación del Mensaje al monarca.

El ausente

El reloj público de la aldea de Berri dió las doce del día, y después de la última campanada, salieron de la escuela multitud de chicuelos que apretaron el paso hacia sus respectivos domicilios.

El maestro, hombre joven, de barba rubia y de elevada estatura, se presentó en el umbral, cerró la puerta de la escuela y cruzó la calle para dirigirse á la posada inmediata.

Cuando entró en ella el maestro, ya tenía preparado su cubierto en la sala del piso bajo.

Justino Pouly—que así se llamaba el profesor—se sentó ante una mesa y cortó una rebanada de pan. De pronto notó que no estaba sólo.

En la mesa del fondo se hallaba un hombre mal vestido, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, ante una copa de cerveza.

No podía precisarse la edad de aquél personaje, pues los rasgos característicos de la fisonomía habían desaparecido, descompuestos, sin duda, por una erupción de toda la carne que obstruía los ojos, las fosas nasales y la abertura de los labios.

Justino Pouly recordó haber visto en un Museo anatómico algo parecido y exclamó:

—¡Será un minero víctima de una desgracia! ¡Pobre diablo!

A los pocos instantes entró en la sala la hija del dueño del establecimiento Enriqueta Lucote, con la sopa para el maestro.

Los dos se sonrieron al verse. Justino sentía por ella grandes simpatías desde que se estableció en la aldea, porque la encontraba muy hermosa, y mucho mejor educada que las mozas del país.

Enriqueta dejó la sopera y se apoyó en la mesa con los puños cerrados. Mientras se ataba la servilleta al cuello. Justino le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, Enriqueta?
—Nada de particular. Y usted ¿cómo sigue?

Lo mismo que siempre.
Luego, en voz muy baja, preguntó á la hija del posadero indicando al desconocido:

—¿Quién es ese hombre?

No lo sé. Hace una hora que está ahí, ante una copa, sin beber. Cuando entró me miró de un modo tan particular que llegué á asustarme. Me alegro que haya usted venido, porque papá está fuera y Catalina y yo sentíamos ya cierta intranquilidad.

—Pero supongo que no va usted á dejarme sola por miedo á ese hombre.

—Nada de eso.
—Síntese usted á mi lado.
—Con mucho gusto.

Enriqueta y el maestro se pusieron á hablar de cosas indiferentes

como todos los días, sin hacer caso del desconocido.

Catalina sirvió al maestro el resto de la comida y cuando los dos jóvenes volvieron á quedarse solos, Justino preguntó á su amiga.

—¿Y qué noticias tiene usted de por allá?

—Ninguna.

—¿No ha contestado el coronel?

—Creo que ya no cabe la menor duda:

—¡Pobre Anatolio!—exclamó Enriqueta sollozando.

—Vamos Enriqueta—dijo el maestro—no hay para tanto, y es preciso resignarse. Hace un año que sabíamos que había muerto. ¿Nos han dicho sus dos compañeros que dos meses antes del encuentro de Liangahu había desaparecido como desertor? Habrá caído en poder de los piratas que pululan por la colonia.

Pero Enriqueta seguía llorando al pensar que el hombre á quien había amado con delirio, estaría muerto y sepultado en China.

—¡Pobre Anatolio!—repetía la infeliz. ¡Me quería tanto! A no haberlo impedido su desgracia, estaríamos ya casados á estas horas.

—Indudablemente—contestó Justino Pouly.—¿Pero cree usted que no hay en el mundo quien pueda amarla tanto como Anatolio?

—Lo dudo.

Pues ese ser existe.

—¿Y quién és?

—Yo, Enriqueta.

La hija del posadero se puso encarnada como la grana, y sus lágrimas se evaporaron al calor del fuego de sus mejillas.

El maestro se apoderó de una de las manos de Enriqueta, y dijo con voz casi imperceptible:

—Anatolio ha muerto y ya lo ha llorado usted más de lo regular.

La joven bajó la cabeza y no contestó.

—Veo—repuso Justino—que le ama usted todavía y que á mí me desprecia. Ya sé que partido debo tomar.

—¿Qué va usted á hacer?

—Voy á solicitar una permuta, y para ello pienso dar hoy mismo los primeros pasos.

Enriqueta asió de la otra mano al maestro y exclamó:

—¡No lo hará usted, amigo mío!

—Sería una estupidez mi permanencia en esta aldea desde el momento en que usted me rechaza.

—¡Que yo le rechazo á usted! Nada de eso. Justino. Al contrario, Sentiría en el alma que abandonase el país como Anatolio.

Las lágrimas inundaron nuevamente los ojos de Enriqueta. El maestro la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos y le dió un beso en la frente.

—No llores, hija mía—le dijo;—no quiero que llores, Enriqueta. No me moveré de la aldea, y aunque no me amaras, no pediría la permuta, puesto que me sería imposible vivir sin verte á cada instante. Si quieres pediré á tu padre...

—Ahora no, luego.

—Pero... ¿serás mi esposa?...

—Sí, y me tendré por la más dichosa de las mujeres.

Los dos amigos volvieron á abrazarse con extremada ternura.

Pero los separó el ruido de una silla. El desconocido se puso en pié, apuró de una vez la copa de cerveza, echó sobre la mesa veinte céntimos y se dirigió hacia la calle. Al pasar por delante de Enriqueta y del